



D. VITALI, *EL DIACONADO. NUEVAS PERSPECTIVAS* (BAC, MADRID 2021) 182 PP.

El autor es Profesor Ordinario y director del Departamento de Teología Dogmática de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Ha dedicado gran parte de sus estudios a la profundización de la eclesiología emergente del Concilio Vaticano II. En el año 2019 publica una obra cuyo título original en italiano: *Diaconi, che fare?*, expresa, con mayor fuerza que la traducción al castellano, la intención del estudio: mostrar inconformidad ante la falta de respuesta a la restauración del diaconado permanente incoada por el Vaticano II.

El reto del autor es el de afrontar el delicado tema del diaconado, para verificar hasta qué punto esta elección conciliar es un don para la Iglesia de hoy, o más bien un elemento superficial y contingente. Desde la base de la eclesiología de *Lumen Gentium* se percibe la actualidad de poner sobre el tablero teológico el tema del diaconado como grado propio y permanente de la jerarquía (LG 29). En el primer esquema sobre la Iglesia presentado en el aula conciliar no aparecía nada sobre el diaconado. Serán los obispos de los países de misión los que planteen la posibilidad de la recuperación del diaconado permanente para paliar la escasez de clero. Hasta este momento, en el cuadro ministerial tridentino, el diaconado había quedado relegado a un orden transeúnte, al final de la escala que conducía al sacerdocio, siendo reducido a un servicio meramente litúrgico. El itinerario que conduce a su restauración será tratado en el capítulo I de la obra, con la aprobación del número 29 de *Lumen Gentium*, que describe el perfil teológico del diaconado y abre la posibilidad de su restauración como grado propio y permanente.

En el capítulo II del libro, se presentan los primeros pasos de la recepción postconciliar del diaconado. El papa Pablo VI, mostrando gran preocupación por el asunto, toma la iniciativa. Con la publicación del Motu propio *Sacrum diaconatus ordinem*, la revisión de los ritos de ordenación, y el Motu proprio *Ad*

pascendum, parece que la restitución del diaconado como grado propio y permanente se habría completado. Sin embargo, el autor muestra como, el perfil ministerial del diácono sigue siendo incierto, abocado a un simple rol de sustitución en el altar. El documento de la Comisión Teológica Internacional *le diaconat: évolution et perspective*, del año 2002 ahondará en esta materia. Una intuición clave del documento será vincular de nuevo el diaconado al Obispo, el cual tiene la plenitud del sacramento del orden. Que los diáconos sean ordenados *non ad sacerdotium, sed ad ministerium*, abre al autor un horizonte nuevo, el cuál, retro trayéndose en el tiempo, busca en las raíces bíblicas y patrísticas un perfil original del ministerio diaconal que sirva para su recuperación en la actualidad.

En la segunda parte de la obra (capítulos III y IV) presenta un retorno a las fuentes. En el acercamiento al Nuevo Testamento, en especial al epistolario paulino, no se puede afirmar un perfil claro y preciso del diaconado. Más bien, muestra un uso inicial del término *diakonia* aplicado a los distintos ministerios, que con el paso del tiempo marcará el proceso de estructuración de la jerarquía. La fuente bíblica aporta algunos datos, no suficientes para trazar un ministerio preciso, pero ofrece una primera imagen de la existencia, en época apostólica, del diaconado en plena evolución. La acción del Espíritu Santo que guía a la Iglesia, conducirá progresivamente a la articulación ministerial, cada vez más precisa, en el episcopado, presbiterado y diaconado. Por ello, centra la atención en el estudio de los Padres de la Iglesia. El diaconado encuentra su edad dorada en los siglos III y IV. A semejanza del camino recorrido por el Vaticano II, el autor pretende retornar a las fuentes patrísticas, para, superando la pobreza de un ejercicio puramente litúrgico, recuperar la riqueza de este ministerio que tuvo un potencial enorme en la Iglesia de los primeros siglos. A través de distintos testimonios patrísticos, el autor traza el perfil de una comunidad cristiana cuyo centro es el Obispo, figura que garantiza su origen apostólico. Éste ejerce una doble función: por un lado, preside la función sacerdotal, compartida con el presbiterio, por medio de la cual alimenta con el pan de la Eucaristía; por otro, ejerce un servicio fuera del culto, proporcionando el alimento material necesario a los miembros más pobres. En este último registro están situados los diáconos, que, en el ejercicio de diversas tareas a favor de los pobres y enfermos, tenían un vínculo privilegiado con la persona del Obispo. Su presencia, junto al Obispo, en la celebración eucarística, era expresión de la importancia que la Iglesia daba al cuidado de los necesitados. La época decadente comienza con la transformación de la Iglesia a partir de Constantino. Los obispos, convertidos en funcionarios imperiales, y los ministros limitados al templo y la función cultural, desencadenan el debilitamiento del diaconado, relegado a un ministerio litúrgico, puesto en el nivel más bajo de la jerarquía.

La tesis del autor queda plasmada en la tercera parte de la obra, ofreciendo una reinterpretación teológico-pastoral. El esfuerzo que realiza para comprender las indicaciones del Vaticano II junto con las aportaciones de la Iglesia de los primeros siglos, no tiene como fin repetir esquemas que pertenecen al pasado. Al contrario, el autor pretende iluminar desde la época dorada del diaconado, la figura ministerial que se ofrece como oportunidad al momento presente. Para profundizar en el diaconado en esta perspectiva, el estudio no se limita al número 29 de *Lumen Gentium* (capítulo V). Es más, el autor muestra como sólo desde una lectura más amplia, a la luz de las relaciones con los distintos grados del ministerio, se logrará alcanzar un paso decisivo. Fruto del estudio de la patrística, encuentra en el número 21 de *Lumen Gentium* un punto crucial, la sacramentalidad del episcopado: «con la consagración episcopal se confiere la plenitud del Orden». Quedando superado el viejo esquema de *potestas ordinis-potestas iurisdictionis*, la sacramentalidad episcopal se fundamenta sobre la unidad de los *tria munera*: santificar, enseñar y regir. Unida a esta afirmación, la plenitud del Orden se entiende, no como superioridad respecto al presbítero en la función de santificar, sino en el hecho de que el Obispo es el «principio visible y fundamento de la unidad en su Iglesia» (LG 23). Con estos dos números, el estudio pretende mostrar cómo el Vaticano II hace todo un replanteamiento del modelo de ministerio, recuperando la estructura jerárquica propia del primer milenio. Ésta no se articula ya en la lógica de grados de una escala sacerdotal (diáconos, presbíteros, obispos), sino en las relaciones constitutivas de los tres sujetos jerárquicos dentro de la Iglesia Particular. Para el autor, si el Obispo tiene la plenitud del Orden, en lugar de proponer un primer, segundo y tercer grado del sacramento, se podría articular de una forma diversa. El Obispo, que tiene el sumo sacerdocio, lo realiza de forma personal por medio de dos funciones, a la vez distintas y complementarias: una *ad sacerdotium*, que garantiza el alimento de la Palabra y la Eucaristía, que ejerce siempre con los presbíteros; y otra *ad ministerium*, en función de las necesidades materiales de los fieles, de la cual participan los diáconos. La sacramentalidad del diaconado queda establecida desde su estrecho vínculo con el Obispo: su solicitud por los pobres y enfermos queda expresada en la acción de los diáconos, garantizada con la imposición de las manos.

A la luz de estos elementos, el autor presenta el capítulo VI, sobre el que puede imaginarse las distintas posibilidades que ofrecería el diaconado permanente en la actualidad. Convencido de que existe una correspondencia entre el modelo eclesiológico y el perfil del diaconado subyacente, proyecta de forma general dos escenarios distintos: el modelo del primer milenio, una *Communio Ecclesiarum* donde los hermanos no pasaban necesidad (cfr. Hch 4, 32-35)

por el servicio de la caridad; y el modelo del segundo milenio, eminentemente clerical, donde el sacerdote acumulaba la mayoría de funciones, quedando el diaconado subordinado a éste. La aportación del Vaticano II ha sido la de ofrecer de nuevo un modelo de Iglesia que, recuperando su dimensión mística, ha superado el modelo piramidal con la afirmación de la radical igualdad de todos los bautizados. Modelo basado en la reciprocidad del sacerdocio común de los fieles con el sacerdocio ministerial. Dicho modelo, ha afirmado la sacramentalidad del episcopado, posibilitando así reconfigurar los grados del ministerio ordenado. Para el autor, el actual fracaso del diaconado se debe precisamente a la incapacidad de asumir, junto con un modelo eclesiológico conciliar, un nuevo perfil del ministerio ordenado.

En clave propositiva, para comprender un perfil del diaconado más preciso, ofrece dos claves. Primero, afirma que la función de servicio del diaconado ha de ser distinta de la sacerdotal. Si se intenta comprender desde su limitación respecto de los sacerdotes, la conclusión será verdaderamente pobre. Por lo tanto, no puede ser el ámbito litúrgico el que constituya su función específica. De ahí que en los primeros siglos se le atribuía la administración de los bienes para el cuidado de los pobres y enfermos. El hecho de constituir en un orden el cuidado de los pobres, mostraba el rostro de una Iglesia que se definía a sí misma desde el servicio y la caridad. En segundo lugar, la obra insiste en que el ámbito privilegiado de ejercicio del diaconado, por su vinculación directa al Obispo, ha de ser la Iglesia local. Existe una amplia variedad de espacios en que la Iglesia está llamada a estar presente más allá del ámbito litúrgico. Espacios de carácter social, cultural, formativo, existencial. La ordenación *ad ministerium Episcopi* de los diáconos permite imaginar un ministerio que, a nivel de Iglesia particular, pueda dedicarse a numerosas áreas relacionadas con la administración y la caridad. Se trata de considerarlo como un ministro capaz de ejercer una función jerárquica propia y particular, no sacerdotal, desempeñada en dependencia directa del Obispo.

Finalmente, el autor ofrece unas conclusiones que sintetizan la obra, junto con una amplia bibliografía sobre el ministerio ordenado y el diaconado en particular. Resulta una obra breve, clara y recomendable, capaz de ofrecer un perfil teológico preciso del diaconado, grado propio y permanente de la jerarquía, que, hasta ahora, ha resultado difícil de encajar en el ámbito de la Iglesia particular.

Pablo Caballero García